



# TEORÍAS

Financiado por:



Según los modelos teóricos de referencia, que a continuación vamos a presentar, se argumenta que la predisposición socio-cultural constituye, en muchos casos, uno de los elementos más importantes de todo el proceso explicativo para el consumo de drogas.

## **El modelo ecológico.**

Toma como punto de partida la interacción entre las dimensiones ambientales y las dimensiones individuales, es decir, el ambiente dentro del cual tiene lugar la conducta es considerado clave a la hora de predecir el funcionamiento individual (Bronfenbrenner U. 1987).

Según este modelo, las diferentes adolescencias se conciben como productos contextuales, construidas a partir de interacciones en un contexto que define el marco de sus posibilidades y sus oportunidades.

Como señala J. Funes: "las formas de encontrar sentido a la propia adolescencia y todo lo que les rodea, las formas de estar en ella, de entrar y de salir, las formas de ser adolescente, son el resultado de muchas y complejas interacciones: son el producto de tiempos concretos, lo que hace que los adolescentes y los jóvenes sean muy diferentes en períodos sociales muy cortos influenciados por lo que acontece a su alrededor" (Funes, J., 2006).

Como resultado y como suma de todo esto, los sujetos viven sus adolescencias en contextos diversificadores, en una sucesión de climas, ambientes, relaciones

diversas y cambiantes, que resulta imprescindible conocer. Se entiende pues al sujeto inmerso en una serie de espacios de relación, más o menos cercanos, sobre los que es preciso intervenir en su conjunto, si queremos conseguir una mejora en los estilos de vida de los jóvenes y, en concreto, en sus estilos de ocio. Los espacios de ocio de los jóvenes se convierten de este modo en objetivo clave de las intervenciones, máxime cuando hoy en día la familia y la escuela han perdido su papel prioritario como instancias socializadoras, en beneficio de otros agentes sociales. Cada vez más es "fuera" donde se construyen los valores, actitudes, opiniones, comportamientos, etc. y dónde se conforman sus identidades. Las interacciones no solo incluyen los factores físicos y sociales del ambiente, sino también las percepciones y cogniciones que de aquél tienen las personas, o lo que es lo mismo, el sentido y significado que el ambiente adquiere para el sujeto. (García Sánchez, F.A., 2001). En ese sentido, el conocimiento cuidadoso de las condiciones ambientales que operan como desencadenantes del comportamiento, permitirá establecer las correlaciones existentes entre situación y conducta, analizándose qué ambientes son más o menos posibilitadores de determinados estilos de vida y actividades por parte de los individuos. En lo relativo específicamente al consumo de drogas, el modelo ecológico parte de la premisa de que la realización de ciertos comportamientos están bajo el control de ciertas consecuencias disponibles en el ambiente y que regulan con mayor o menor fuerza a aquel (Varela, 1986). Según esta autora, "el control contingencial supone que el sujeto tiende a realizar comportamientos que llevan

a experiencias agradables, bien de tipo social, moral, fisiológico, emotivo y cognitivo. Las acciones fisiológicas de las drogas serán buscadas por los jóvenes en la medida en que puedan ser integradas como experiencias de carácter positivo y con una significación específica dentro de su estilo de vida. En este sentido, el **consumo** y la utilización de drogas será vivido como placentero por el sujeto **en la medida en que le permita producir cambios en el ambiente**: atención de los demás, interacción social, identificación grupal, intensificación de la diversión, etc., **y en la medida en que tales cambios sean buscados y apetecidos por él**" (Varela, 1986). La perspectiva ecológica, al poner el foco en las condiciones de riesgo y de protección en los múltiples niveles de la interacción individuo y ambiente, se convierte en un marco teórico válido para enmarcar este programa, ya que hace hincapié en el diseño de estrategias preventivas que desarrollen acciones destinadas a optimizar tanto el ambiente, como la representación que de él y de sus posibilidades tiene el sujeto, incluyendo todos los escenarios vitales en los que transcurre la vida de los jóvenes, tales como familia, escuela y, cada vez con un peso específico mayor, sus espacios y momentos de ocio. **Este modelo propone, como una de las posibles estrategias preventivas, dirigir los esfuerzos hacia el enriquecimiento o modificación de aquellas condiciones socio-ambientales negativas que aparentemente puedan estar ocasionando mayor vulnerabilidad en los jóvenes hacia el consumo de**

**alcohol y/o drogas.**

## **El modelo sociológico.**

Ha sido otra de las orientaciones que con mayor frecuencia ha servido de referencia en la planificación de las acciones preventivas. Este modelo considera que el sujeto, en este caso el joven, se definirá en función de su pertenencia a un determinado grupo social y a una cultural juvenil concreta. El foco de atención se encuentra en las redes y las dinámicas sociales y culturales que definen los comportamientos del individuo, quedando relegados a un segundo plano los aspectos individuales. De este modo, "el sistema de relaciones grupales y sus dinámicas de funcionamiento determinan el rol que debe desempeñar el individuo y los patrones o pautas de comportamiento a que debe ajustarse" (Pastor, J.C. y López-Latorre, M<sup>a</sup>.J., 1993). Desde este análisis, el joven consumidor de drogas es un sujeto que ocupa una posición definida dentro de determinados grupos. Los factores de riesgo y protección en el uso de drogas se enmarcan pues en los aspectos estructurales y funcionales de la pertenencia a una determinada cultura juvenil y a unos grupos específicos en los que predomina una determinada manera de ocupar el ocio y el tiempo libre. Sin embargo, a pesar de la enorme diversidad de realidades juveniles existentes, los jóvenes, como colectivo, comparten una serie de rasgos que los identifican como tales y que les distingue de otros grupos sociales. En su definición estructural, disponen de sus propias señas de identidad, normas de conducta, rituales, argot y simbolismos que hacen que lleguen a representar una auténtica cultura con identidad propia.

En este sentido, "hablar de cultura juvenil en singular puede servir para aproximarnos a una serie de rasgos que permiten definir esa manera de "ser social" del colectivo joven en su conjunto, es decir, los elementos que les permiten constituirse en un colectivo que se presenta con características propias" (Rodríguez San Julián, E. 2004). Algunos aspectos de la cultura juvenil, entendida como una expresión de la manera de "ser joven", se identifica con una cultura recreativa que fomenta, en muchas ocasiones la iniciación y el abuso del consumo de alcohol y de otras drogas, como un elemento definitorio de su propia identidad como jóvenes. De este modo, aparece uno de los factores que puede llegar a tener un papel decisivo en el inicio y el mantenimiento del uso de alcohol y otras drogas. Un determinado modelo de ocupación del ocio, con unos elementos definitorios, entre ellos la búsqueda de la diversión a través del "coloque", se convierte en el seno del grupo en un signo o sello de identidad e identificación grupal, adquiriendo de este modo plena justificación. La caracterización cultural juvenil y la identificación con ésta por parte del sujeto, presupone o deriva en un cultura recreativa en la que el consumo de drogas se convierte en un instrumento útil y eficaz para lograr unos determinados estados de ánimo que, de forma estereotipada, se esperan conseguir durante los momentos y espacios de ocio. Las presiones hacia la conformidad y los sistemas de apoyo grupal sirven para alimentar y sustentar los estilos de ocupación del ocio, dentro de los cuales el consumo de alcohol u otras drogas constituye un modo de integración en la

norma socialmente sancionada. El compromiso con el grupo de referencia, presupone el ajuste y la adopción de aquellos modos de comportamiento susceptibles de satisfacer las expectativas del colectivo. El sujeto parece quedar difuminado en el seno del grupo: su identidad es absorbida en una unidad más amplia representada en un conjunto de referentes (valores, actitudes, percepciones, estilos de vida y de ocio...) de la cultura juvenil en que se integra.

Por lo tanto, la predisposición socio-cultural constituye, en muchos casos, uno de los elementos más importantes de todo el proceso explicativo para el consumo de muchas de las drogas. Desde el punto de vista de la prevención universal, las acciones promovidas desde el modelo irían dirigidas prioritariamente al conjunto de la comunidad, globalmente considerada, enfatizando la necesidad de cuestionar y redefinir, desde el punto de vista social y cultural, el modelo cultural recreativo asociado al uso de drogas. En la medida en que se considera que el inicio y el abuso de drogas (sobre todo de alcohol) descansan en las estructuras socio-económicas (promoción desde la industria del ocio e intereses comerciales en la venta de alcohol) y en las costumbres y tradiciones arraigadas en la cultura de nuestro país, así como en la cultura recreativa juvenil en particular, es muy difícil cualquier cambio que no modifique previamente dichas estructuras y un modelo cultural de ocupación del ocio que define determinados hábitos de diversión por parte de los jóvenes. En este sentido, tal objetivo genérico, de difícil consecución a corto plazo, se concreta a nivel operativo en un conjunto de actuaciones específicas que, en

base a estrategias educacionales, medidas legislativas y de control social y de oferta de alternativas de ocio, tienden a cambiar las creencias normativas sobre consumo de los jóvenes, a promover la conducta responsable y, en última instancia, a favorecer el cambio cultural y la modificación de los hábitos de diversión de los jóvenes.

**La promoción de estilos de vida saludables y, en concreto, de un estilo de ocio enriquecedor y no alienante, se convertirá en un factor de protección** de primer orden, ya que aumentará la probabilidad de controlar y reducir la demanda de consumo de drogas. En esta misma línea de planteamientos teóricos, los modelos de influencias sociales y psicosociales consideran la existencia de tres factores de riesgo que son imprescindibles considerar para el desarrollo de programas preventivos efectivos: los factores de riesgo ambientales, de la personalidad y los de tipo conductual. Estos modelos parten de la argumentación de que diversos factores socio-estructurales y socio-normativos están vinculados con el consumo de drogas por parte de los jóvenes. La permisividad y la aceptación social del consumo son variables "macrosociales" que han sido investigadas como posibles factores de riesgo, tanto la permisividad informal (actitudes y valores sociales favorables al consumo) como la permisividad formal (normas y restricciones legales hacia el consumo). Los hallazgos muestran que cuanto más alta sea esta permisividad, las cifras de consumo tienden a ser mayores. La sociedad se estructura en grupos sociales y, dentro

del grupo social de referencia, "las creencias, expectativas y conductas se modulan por una historia previa que ha llevado a la constitución de una cultura específica en la interrelación mutua del joven con su ambiente. La conducta de consumo o no de drogas en este caso, se produce en un ambiente concreto, con unos parámetros que pueden o no facilitar dicho consumo". (Pastor, J.C. y López-Latorre, M<sup>a</sup>.J. 1993). Cuantos más modelos tenga el joven que le transmitan el modelo de ocio asociado al consumo de drogas, mayores probabilidades tendrá de consumirlas, en concreto alcohol y cannabis y, por el contrario, cuantos más modelos tengan que le muestren un modelo de ocio no relacionado con el consumo de drogas, mayores probabilidades tendrá de no consumir. Por consiguiente, para este conjunto de factores de riesgo, la prevención se orienta a proporcionar nuevos modelos de ocupación del ocio, no relacionados con el no consumo de drogas y a conseguir modos de reducir el acceso y los tiempos de exposición a las actividades asociadas al consumo. Participar en alternativas de ocio sin drogas es una estrategia de gran importancia para que no se produzca el inicio en el consumo, junto a estrategias para el manejo adecuado de las situaciones de riesgo y las habilidades personales y sociales de los jóvenes en las mismas.

**La teoría del Acercamiento Social a las Normas (The Social Norms Approach, 2004) de Alan D. Berkowitz**, proporciona una teoría del comportamiento social y humano que tiene implicaciones importantes para la estrategia de prevención del consumo de drogas. De acuerdo con esta teoría, los estudios sobre las normas de los

grupos sociales de referencia (colectivo de jóvenes) y de pertenencia (grupo de amigos más cercanos), tienen una influencia decisiva en los comportamientos de los jóvenes. Los sujetos tienen amigos, son miembros de grupos, viven en determinados entornos sociales y son parte de una comunidad más amplia. **Cada uno de estos grupos tienen normas**, que pueden ser similares o diferentes y algunas de estas normas ejercen una clara influencia sobre los estilos de vida y en concreto de ocupación de su ocio. El comportamiento de los sujetos es influenciado por las opiniones que sostienen otros miembros de sus grupos sociales de referencia y por cómo actúan. Se suele **producir una sobreestimación o una subestimación en el dominio de determinadas actitudes y/o comportamientos en un grupo** o en una población dada. Por ejemplo, una persona puede sobreestimar las actitudes o los comportamientos de su grupo de pares o de su grupo de referencia (los jóvenes) con respecto al uso de alcohol o de otras drogas y, por contra, subestimar el grado en que los pares desarrollan otros modelos de ocio más saludable. **La teoría de A. D. Berkowitz** predice que las sobreestimaciones del comportamiento problema (en este caso las creencias normativas que asocian el ocio y la diversión con el consumo de drogas), aumentará este tipo de comportamientos, mientras que las subestimaciones desalentará la necesidad de acoplarse a este modelo de ocio y esta cultura recreativa. Lo que decididamente impulsa a realizar un determinado

comportamiento, percibido además por los jóvenes como una transgresión y un signo de identificación del colectivo, según Berkowitz, es la **percepción de que "todo el mundo lo hace"**, es decir, la razón superior es que en el grupo de referencia, todos los demás hacen lo mismo. Así, los consumos abusivos de alcohol y otras sustancias durante los fines de semana pueden pensar incorrectamente que la mayoría de los otros jóvenes son también consumidores abusivos. La minoría se cree que representa a la mayoría (**falso consenso**), mientras que la mayoría silenciosa se cree que está en clara minoría (**ignorancia pluralista**). Desde el punto de vista de la intervención se han desarrollado, a partir de esta teoría, un conjunto de medidas preventivas entre las que se encuentran las acciones sobre las **creencias normativas**, que se centran en analizar y cuestionar las normas del grupo referencial, es decir, en corregir la ignorancia pluralista, informando, por un lado, de otra realidad existente, en este caso de que otro ocio es posible, y por otro, proporcionando experiencias de ocio alternativas al modelo culturalmente extendido, que permitan visualizarla existencia de otras maneras de diversión más enriquecedoras y menos alienantes.

**La teoría de los "clusters" de amigos (Oetting y Beauvais, 1986, 1987)** otorga una especial relevancia a los **procesos de aprendizaje** dentro de los grupos más próximos. Se hace especial hincapié en la importancia del **grupo de amigos como marco de socialización** en el cual se refuerza y se modela el consumo de drogas.

El grupo de amigos configurará las actitudes

sobre las drogas, las proporcionará, creará un contexto social y un sustrato cultural facilitador del consumo, al compartir ideas y creencias que justifican su uso. Estos autores señalan que son especialmente importantes determinados subgrupos de amigos que se forman dentro de los grupos de iguales. Estos subgrupos son los llamados "clusters" de amigos, constituidos por sujetos que comparten actitudes, valores, creencias, visiones del mundo, maneras de ocupar su ocio y que, probablemente, utilizarán las mismas drogas y las consumirán por las mismas razones. Sin embargo, Oetting y Beauvais subrayan el carácter activo y dinámico de la persona dentro de un grupo, es decir, no se trata de un joven pasivo que es "forzado" a consumir alcohol u otras drogas ante la presión de sus iguales, sino que cada miembro de un "cluster" es un agente activo que participa de un modo dinámico en la creación de las normas y las conductas del grupo.

Para terminar, es importante subrayar que los contextos de socialización tienen distinto peso en diferentes momentos de la vida. **Durante la adolescencia y juventud, los amigos y la comunidad se convierten en entornos cruciales.** Por lo tanto, para intervenir preventivamente sobre el consumo de drogas se requerirán actuaciones multicomponentes, centrando el foco de atención, a estas edades, en estos dos componentes fundamentales: **amigos y comunidad.**

[http://www.ieanet.com/doc/profesorado/PreventionPlusII\\_Cap2.pdf](http://www.ieanet.com/doc/profesorado/PreventionPlusII_Cap2.pdf)

## TEORIAS DE GÉNERO

### LA IDENTIDAD DE GÉNERO: CONCEPTO Y MODELOS TEÓRICOS

Tradicionalmente se han adoptado dos líneas argumentales: 1) aquella que se centra en los procesos internos al sujeto y 2) la que estudia la interacción entre los procesos psicológicos básicos y los factores sociales y situacionales. Dentro del primer grupo se encuentran las teorías cognitivas. Los modelos de interacción socio-cognitiva y los denominados modelos sociales, siguiendo a Barberá (1998), se expondrán dentro del segundo grupo.

#### Teorías Cognitivas

Aquí estarían representadas dos líneas de trabajo: la basada en las Teorías Genético-Evolutivas (Piaget, 1966y Kohlberg, 1981) y las basadas en el concepto de esquema (Bem, 1981; Markus y Oyserman, 1989). Para ambas el elemento central en la construcción de la identidad de género es la autocategorización (López, 1988a). Igualmente comparten el énfasis en la estabilidad del constructo género y el papel protagonista de la persona en el proceso identitario.

L. Kohlberg y J. Piaget. Desde la psicología cognitiva se ha defendido la existencia de tres etapas en el desarrollo de la propia asignación grupal. De acuerdo con Kohlberg (1966), y siguiendo los estadios de Piaget (1966), son: el etiquetaje, la estabilidad y la constancia de género. La primera etapa consiste en la categorización de uno mismo y de los demás en dos grupos diferentes, hom-

bres y mujeres. Posteriormente el niño comprende que esa categoría a la que pertenece se mantiene a pesar de los cambios superficiales, como ropas o adornos. Por último se asimila la constancia de género a pesar de la variabilidad situacional. Kohlberg considera que estos estadios acontecen a los dos años el primero, entre los dos y los cinco el segundo y a partir de cinco el tercero, aunque dicha cronología parece ser variable (Slaby y Frey, 1975).

## 1.2 S. Bem y H. Markus

El esquema, concepto desarrollado por la corriente del procesamiento de la información, sería la estructura que orienta y organiza las percepciones de las personas (Huston, 1983). Una vez que alguien se autocategoriza como hombre o como mujer, procesa e interpreta la información en base a su pertenencia grupal, siendo el contexto el que determina qué es lo adecuado para cada género (Martin y Halverson, 1983). El esquema supone una estructura que indica roles, estereotipos, conductas, rasgos de personalidad, etc (Bem, 1981). Se convierte en el andamio sobre el que se construyen nuestras cogniciones, nuestras evaluaciones y nuestros comportamientos. Desde el momento en que la persona se autclasifica como miembro de un grupo su interpretación del mundo y de sí mismo va a seguir las directrices del mismo. Puesto que el esquema se aplica de forma automática (Biernat, Manisy Nelson, 1991) es difícil modificarlo, pero a pesar de ello presenta una alta variabilidad interindividual (Markus y cols.1982; Silka y

Maslach, 1987). Las diferencias entre Bem y Markus provienen de cómo influye el género en el concepto de la persona. Para Markus el autoconcepto de género es el elemento que organiza nuestras vivencias (Markus y cols, 1982); sin embargo, para Bem (1981) el autoconcepto está supeditado al esquema de género. Además mientras Markus habla de autoconcepto masculino, femenino, ambos o ninguno, Bem discrimina entre personas esquemáticas o no esquemáticas. De acuerdo con esta autora la persona esquematiza interpreta la realidad siguiendo fielmente los constructos de masculinidad y feminidad. Sin embargo, la no esquemática o andrógina, aunque conoce los roles y estereotipos dominantes, actúa e interpreta su entorno con independencia de ellos.

Esta propuesta ha tenido un gran impacto, entre otros factores, por el extenso uso del cuestionario elaborado por Bem para la medición de la identidad de género, el BSRI (1974). Pero también presenta limitaciones. De ellas se puede destacar su incapacidad para explicar qué hace que las personas se identifiquen con mayor o menor intensidad o qué papel juegan las estructuras sociales y las dinámicas grupales en la identidad de género. Son limitaciones que habría que unir a las diversas críticas que ha recibido el concepto de esquema. Los modelos que siguen tratan de subsanar estas deficiencias.

## Modelos de interacción y sociales

Tal y como se ha comentado al inicio de esta revisión teórica, este apartado incluye los Modelos de Interacción Socio-cognitiva y los Modelos Sociales (Barberá, 1998). Ambos se exponen juntos pues explican el proceso

de construcción de género desde la interacción del contexto y los procesos intrasujeto.

## 1. Modelos de interacción sociocognitiva

Esta línea de trabajo se basa en la hipótesis de la profecía autocumplida (Merton, 1948). Se toma como referencia puesto que en ella están presentes todos los procesos que explican el comportamiento humano: cognitivos, motivacionales, comportamentales, estructura social y la situación específica (Barberá, 1998). Cuando dos personas interactúan los elementos intrasujetos de ambos y los sociales entran en interacción. Esta interacción da lugar a una construcción diferente en función del rol que tiene cada una de las personas: el que percibe, el que actúa o ambos. El género sería por tanto una construcción-acción. Aunque es un proceso que se retroalimenta permanentemente parece empezar con los estereotipos. Éstos, que han sido adquiridos a lo largo del proceso de socialización, condicionan la forma en la que se procesa la información. Por tanto influyen en la interacción y la construcción de la realidad. Sus diversos mecanismos de mantenimiento, como el sesgo confirmatorio (Snyder, 1981; Stangor y Ford, 1992), los perpetúan y dificultan su modificación. En segundo lugar los esquemas estereotípicos condicionan las actitudes y acciones reforzando las creencias de partida. El "efecto Rosenthal" (Rosenthal y Jacobson, 1968) muestra cómo los individuos no se limitan a prestar atención sesgada a la información para reforzar sus creencias, sino que además son capaces de

generar las condiciones necesarias para obtener la confirmación de las mismas (Darley y Fazio, 1980; Snyder, 1981). En tercer lugar los comportamientos cierran el ciclo de autocumplimiento. Los procesos de atribución causales propician el reforzamiento de los estereotipos ya que aquellas conductas que no cumplen lo esperado se interpretan como excepciones. De igual forma el error fundamental de atribución facilita que las construcciones de lo masculino y lo femenino se interpreten como propias del grupo de hombres y mujeres, respectivamente, frente a explicaciones más relacionadas con factores externos (Barberá, 1998). A partir de aquí se postula la norma de la sociedad que no sólo describe lo usual sino que también prescribe lo que hay que hacer (Geis, 1993). Los creadores de esta propuesta plantean que para modificar este proceso cíclico es necesario un cambio de roles y una fuerte acción re-educativa (Haslett, Geis y Carter, 1992). La profecía autocumplida, aunque no aborda el proceso de autocategorización e identificación, explica el círculo de retroalimentación entre estereotipos y conducta en la interacción personal; y describe los mecanismos presentes en las interacciones entre individuos con unos roles estructurales determinados. Dicha interacción, como se verá en la perspectiva integradora de Deaux y Martín (2003), es un elemento en la construcción de la identidad de género.

## 2. Modelos sociales

Se van a etiquetar como tales a las Teorías del Aprendizaje Social y las Teorías de la Identidad Social de Género.

**a) Las Teorías del Aprendizaje Social (Bandura, 1977; Lott, 1994; Lott y Maluso,**

**1993; Mischel, 1973). Aunque ya hemos hablado de estos autores en el número 1 Informarse y formarse nos parece interesante enfocarlo desde el género.**

De acuerdo con estas propuestas los procesos a través de los cuales se adquiere el género son los mismos que por los que se adquiere cualquier otra conducta: los de aprendizaje. Estas teorías han analizado el aprendizaje de conductas a partir de los modelos de referencia y del refuerzo recibido. Tres han sido los agentes socializadores principalmente estudiados: los cuentos, la televisión y las figuras progenitoras. Los relatos ilustrados dirigidos a los más pequeños muestran datos nada tranquilizadores. Los análisis de contenido de los cuentos clásicos indican que los chicos son mostrados como "activos, dinámicos y con mayor valor que las chicas". Ellas son "pasivas, limpias, ordenadas, tranquilas, emotivas, soñadoras, amables y dóciles"(Turin, 1995, p. 7). Los hombres son "responsables, creativos, heroicos, leales y capaces de la amistad y el desinterés". Las mujeres (salvo la madre que cuida y atiende o la princesa que se deja salvar y se casa con el príncipe) son "malévolas, frívolas, explotadoras, derrochadoras y sobre todo estúpidas"(Turin, 1995, p. 8). Sin duda, la frase de una niña de siete años recogida por D'Hont y Vandewiele (1986) muestra el impacto que estos modelos pueden tener sobre los estereotipos, roles e identidades de los más pequeños: "Yo no puedo ser médico, solamente enfermera. Lo pone en mi libro". Respecto a la televisión, la posibilidad de medir su influencia sobre una comunidad no televisiva vino de la mano

de Williams, en 1986. Para ello evaluaron los roles de género antes de la implantación de este medio y lo compararon con una medida obtenida tras los dos primeros años de emisión. En ambos sexos se pudo observar la acentuación de los roles tipificados de género. Otros tipos de diseños para evaluar el impacto de la televisión son los que correlacionan los informes de los progenitores sobre el tiempo de visionado televisivo de sus hijos y medidas de prejuicios de género. Pero esta técnica ha arrojado datos contradictorios (véase por ejemplo Zuckerman, Singer y Singer, 1980; Morgan, 1982). En cuanto a las figuras progenitoras se ha hallado correlación entre la feminidad y la masculinidad de los padres con el estereotipo de los hijos (Repetti, 1984). En general, los datos tienden a reflejar que tanto chicos como chicas imiten más a los modelos masculinos (Slaby y Frey, 1975), una imitación que tal y como se explicará en la SIT (Tajfel, 1981 y Tajfel y Turner, 1986) puede ser debida a la búsqueda de una identidad social positiva, ya que éstos son los más valorados. Las teorías del aprendizaje social tratan de explicar cómo, a través de un proceso educativo diferencial, se adquieren patrones conductuales de género. Pero no abordan los mecanismos intrapsíquicos responsables de la adquisición de las conductas ni como éstas influyen en el desarrollo del self.

**Teorías de la Identidad Social de Género.** Siguiendo la clasificación realizada por E. Barberá (1998) en este epígrafe se incluyen: la Teoría del Rol (Eagly, 1987), la Teoría de la Identidad Social y de la Autocategorización (Tajfel, 1981 y Tajfel y Turner, 1986) y la propuesta integradora de Deaux y Martin (2003). Todas ellas parten de la identificación grupal

como eje de la identidad personal y por tanto de género.

## **Teoría del Rol Social de Género (Eagly, 1987).**

Una comunidad necesita estar organizada para garantizarlos recursos económicos y los medios de subsistencia. Con esta finalidad se dividen las tareas y actividades responsables de la producción, división que necesita de normas que la garantice. Para ello se elabora un complejo sistema de reglas que asigna responsabilidades y roles a los miembros de la comunidad. Una vez realizada esta segmentación laboral se va a convertir en uno de los pilares básicos de la estructura social, a la vez que estable y regula las diversas relaciones intergrupales. Estas relaciones también generan desigualdades sociales pues prescriben las diferencias, tanto en el ámbito público como en el privado. Cada uno de los miembros de la comunidad va a adoptar un rol en esta estructura. De acuerdo con Mead (1934), mediante el rol los más jóvenes aprenden a asumir sus funciones y a entrar en la dinámica social en consonancia con los otros miembros. Las normas que rigen este proceso de interacción generan expectativas, pero ninguna sociedad posee un consenso total sobre las mismas. Por consiguiente, parece que los roles sociales son creados gracias a la interacción dinámica entre los ejecutores y el resto de la comunidad. Los papeles sociales (Geis, 1993), junto con sus expectativas, forman parte de los valores culturales e influyen en el comportamiento de las personas. Por ello, a mayor solidez de la estructura social y

mayor aceptación de dichas expectativas, más consistencia adquiere la ideología que mantiene el sistema. Se perpetúan así los roles y en consecuencia las desigualdades que éstos conllevan. La separación por roles, que adquiere carácter de norma, presenta un claro efecto sobre la identidad de género, ya que los roles definen la mayoría de las actividades de las personas, así como los mecanismos para participar en la sociedad (Escartí, Musitu y Gracia, 1988). Los roles asignados en función del trabajo son el primer eslabón en la cadena de causalidad: de ellos se deriva la estereotipia y ambos determinan el autoconcepto de género. Cada puesto laboral lleva asociada una serie de demandas necesarias para su desempeño. Si un trabajo es habitualmente desarrollado por hombres se considera que el ser hombre implica esa serie de características: creencias que se plasman en diferencias reales a través de dinámicas de asignación y expectativas. Mediante la asignación se regulan las habilidades y motivaciones de hombres y mujeres orientándolas en la dirección de los estereotipos. Por otro lado, las expectativas generan el esquema de autocumplimiento reforzándolos. Si se estudian las imágenes de género se puede observar cómo la tradicional concepción de mujer (más amable, cariñosa y comprensiva que el hombre) no se mantiene si se describe a una mujer trabajadora en lugar de un ama de casa. Igualmente la ocupación de un puesto de alta responsabilidad en el mundo laboral les hace ser descritas tan independientes como sus compañeros varones, mientras que cuando poseen un trabajo de subordinadas se las considera más sumisas (Eagly y Wood, 1982). Mediante el mismo

proceso a los hombres que desempeñan las tareas del hogar se les suponen tan sensibles como a las mujeres en las relaciones interpersonales (Eagly y Steffen, 1984), creencia que no se sostiene si es otra la ocupación. En similar dirección señalan las investigaciones dirigidas a examinar las características que demanda un rol. Mientras a las ocupaciones de bajo estatus se les asignan los rasgos comunales: participantes, tendentes al contacto, a la apertura, a la unión y la cooperación (Bakan, 1966), a las posiciones más elevadas se les asocian los agentes (Bakan, 1966): iniciativa, control, tendencia a la actividad externa, autoprotección y autoexpansión (Conway, Pizzamiglio y Mount, 1996).

## **Teoría de la Identidad Social y Teoría de la Autocategorización (Tajfel, 1981 y Tajfel y Turner, 1986).**

Henri Tajfel explica cómo se construye la identidad social de las personas desde los mecanismos cognitivos y motivacionales presentes en las interacciones grupales. De acuerdo con este autor la identidad se define como "aquellos aspectos de la propia imagen del individuo que se derivan de las categorías sociales a las que percibe pertenecer" (Tajfel y Turner, 1986, p. 16), de tal forma que al definirnos como mujer u hombre estamos apelando a nuestra identidad social de género. La construcción de la misma supone un proceso de "auto-estereotipaje" por el que las actitudes, normas y conductas comunes al grupo de pertenencia pasan a formar parte de la identidad personal. El primer proceso del que parte es la catego-

rización. Las categorías sociales, además de facilitar el procesamiento de la información, llevan asociadas una valoración positiva o negativa. Es dicha valoración la responsable del nacimiento de la identidad social del sujeto. Tajfel, mediante el paradigma de grupo mínimo, halla que la mera y simple conciencia de pertenecer a un grupo conduce al favoritismo intragrupal y la discriminación intergrupala (Brown, 1985; Richardson y Cialdini, 1981; Tajfel, 1978, 1981, 1982; Turner, 1978, 1987;). La base de esta discriminación automática es la búsqueda de una identidad social positiva. El endogrupo sólo tiene valor si se percibe como superior al exogrupo, mediante la discriminación se facilita la diferenciación categórica y así se consigue la anhelada identidad social positiva. Este doble efecto, favoritismo - discriminación, se vale del proceso de comparación social para la consecución y el mantenimiento de la identidad positiva (Turner y Oakes, 1986). Dicho proceso no requiere de un conflicto (Tajfel, 1982), sino que parece poseer un carácter espontáneo (véase Haeger, 1993). De acuerdo con Turner (1987) la autopercepción es parte de un continuo que varía desde la identidad personal hasta la identidad grupal.

3) Propuesta integradora de Deaux y Martin (2003). Ambas autoras hacen una revisión de dos de las disciplinas centradas en el estudio de la identidad: la sociología y la psicología. De cada una de ellas eligen la teoría más relevante en la explicación de la construcción de la identidad: la Teoría de la Identidad de Stryker (1980), en sociología, y la Teoría de la Identidad Social (Tajfel, 1981 y Tajfel y Turner, 1986), en Psicología. A partir de ambas plantean una solución integradora que finalice con el eterno debate sociedad

versus individuo. Puesto que la SIT se ha abordado en el apartado anterior se va a esbozar brevemente la IT (Teoría de la Identidad) para así comprender mejor esta propuesta. La Teoría de la Identidad (Stryker, 1980). Para la IT el proceso de identificación tiene lugar en la interacción entre los roles complementarios de una estructura específica (Stryker, 1980; Stryker y Serpe, 1982). De acuerdo con esta teoría la identidad es aquel conjunto de significados compartidos por un sistema. Dichos significados se interiorizan a través de los roles (Deaux y Martín, 2003). El origen de la identidad está en la estructura social y su función es mantener el orden establecido (Thoits y Virshup, 1997). Puesto que la estructura potencia las interacciones dentro de los límites definidos por ella e inhibe las demás, propicia el status quo de los roles (Stryker, 1997). Sus autores distinguen tres niveles dentro de la estructura social. El nivel más general (large-scale) hace alusión a las variables sociodemográficas: edad, sexo, etnia y estatus económico. El nivel intermedio serían aquellas estructuras sociales organizadas como el colegio, el barrio, o el trabajo, en las que se adopta un rol concreto, rol que va a depender de la large scale. Es decir, si se toma la categoría sexo, mujeres y hombres van a adoptar roles distintos dentro del mismo ámbito laboral. Por último, el nivel próximo sería aquel contexto inmediato donde se producen las interacciones personales más cercanas. Son los roles adoptados en este nivel los que se interiorizan configurando la identidad. Dichos roles están determinados por las categorías sociodemográficas a las que se pertenece

(Stryker, Serpe y Hunt, 2000). Según la IT el determinismo de variables físicas y sociales actúa por igual en todos los miembros del grupo. Esta es una de las limitaciones que presenta la teoría sociológica. Tal y como muestran los estudios de la SIT, hay diferencias en la identificación de las personas con su grupo, pues quienes pertenecen a grupos de alto estatus se identifican más con el mismo que los de bajo estatus. El primer elemento a explicar es la large scale o categorías. Al igual que lo define Stryke son aquellas categorías sociodemográficas que estructuran los grandes segmentos sociales. La identificación personal con estas categorías proporciona una red de interacción entre individuos que poseen los mismos significados. El segundo elemento, la interacción interpersonal, alude a las interacciones que se producen cada día con las personas con las que compartimos una identidad categorial. En ellas se adoptan roles interdependientes que reproducen y refuerzan la identidad socialmente definida. Nuevamente en estas redes están presentes los mecanismos cognitivos explicados por la SIT. La identificación está condicionada por la búsqueda de una identidad social positiva, por ello si el grupo es de bajo estatus la persona pondrá en marcha diversos mecanismos para salvaguardar su autoestima e identidad grupal. Las mujeres, tal y como se expuso en la SIT, al ser el grupo de menor estatus tratan de redefinir sus características y competir socialmente. Luego la identidad social es dinámica y se encuentra en un continuo proceso de negociación. Las interacciones grupales pueden reforzar o propiciar la identidad de un individuo dentro de su propio grupo. Frente a la estabilidad del nivel large scale, en la interacción interpersonal

# TEORÍAS



hay una continua reinterpretación de los significados de una identidad en un contexto concreto. De acuerdo con este modelo el self es agente y producto a la vez. Los hombres y mujeres de acuerdo con la estructura social establecida son asignados a distintos grupos en base a su diferente apariencia sexual. Cada grupo lleva asociado una serie de pautas de sociales, comportamentales y psicológicas que aprenden. Por lo que se diría que el sí mismo es una adscripción colectiva. Pero las personas en sus interacciones guían su proceso de identificación por lo que es también una construcción subjetiva.